



TRAICION DE JUDAS

MADRE MARIA EUGENIA (Marzo, 19-1876)

Mis queridas Hijas:

Os recomendé la última vez que meditaseis la Pasión de N. S. durante la Cuaresma. Hoy quisiera exhortaros -aunque sea cosa triste- a que os detengáis con atención en la traición de Judas.

Creo que nada hubo en la Pasión más doloroso para el corazón de Cristo. Una esposa debe tomar parte en este gran sufrimiento de su Esposo; debe penetrar en su corazón y ofrecerle toda su simpatía y su pesar; profundizar en sus sentimientos y acompañarle en este abandono, en esta traición, tan intensamente sentida. Si quereis comprender el sufrimiento que Nuestro Señor sintió, medita los Salmos. Veréis que David, que habla constantemente en nombre de Cristo, insiste sobre este inmenso dolor que experimentó siendo traicionado por el que llamaba amigo, en quien había puesto su confianza, que compartía el pan en su mesa y moraba en su propia casa.

Es para nosotras, Hijas mías, una gran enseñanza. Puesto que N. S. quiso, por amor nuestro y para salvarnos, sufrir tan horrible ofensa, una herida tan grande, un ultraje tan contrario a la delicadeza humana; es necesario que también nosotras preparemos nuestro corazón al sufrimiento, a no ser demasiado delicadas -no diré a las traiciones, es palabra demasiado dura-, pero, al menos, a aceptar con amor las pequeñas heridas y no sublevamos si alguna cosa viene a rozar la delicadeza de nuestro corazón o a herir nuestros sentimientos.

Las personas religiosas se encuentran siempre frente a las más sublimes verdades. Dios, que es el objeto de sus amores, es también la santidad infinita y la perfección esencial. De ahí resulta que todas las delicadezas del corazón, los sentimientos más nobles y más elevados están profundamente desarrollados en ellas; pero también ocurre algunas veces que sienten *con más intensidad* las heridas, la frialdad, las faltas de delicadeza, de confianza, de afecto. Sin embargo, son generosas y fieles, aceptan esto y ofreciéndolo a Nuestro Señor se elevan a más altura; por la renuncia de sí mismas y por la aceptación de los sufrimientos, en union con Cristo.

Aquí tenéis un primer punto de vista; hay otro, muy penoso, pero, no obstante, es necesario enfocarle: Judas era sacerdote e incluso obispo, puesto que era uno de los doce Apóstoles. No Podemos ocultarnos a nosotras mismas que, en el inmenso número de sacerdotes

que N. Señor escogió y llamó a su servicio, ha habido traidores desde el principio; los hay en nuestro tiempo y los habrá hasta el fin del mundo. Es de espanto el pensar que hay en la Iglesia, no sé dónde ni cómo, personas que deshonran por la traición y el pecado el carácter sacerdotal y hasta el carácter episcopal; porque ha habido, ciertamente, traidores en el episcopado y entre los jefes de la herejía se han encontrado obispos.

¡Cómo debe orar por los sacerdotes una religiosa esposa de Jesucristo cuando medita en la traición de Judas! ¡Cómo debe pedir a Dios con ardor que, si es posible, ni uno solo caiga, en medio de tantos riesgos, de tantos peligros como les rodean! ¡Cómo debe suplicar que aquellos que están al borde del abismo se detengan y no caigan! Y también ¡por aquellos que ya sucumbieron!, para que se levanten y se conviertan. Qué fervor debe animar su oración, cuando pide la santidad del clero, la fortaleza, para aquellos que el Señor ha escogido y llama al sacerdocio, para que perseveren firmes en el bien y no causen a su corazón la más cruel de las ofensas: porque todo sacerdote que sube al altar culpable y enemigo de Dios renueva el crimen y la traición de Judas. Desgraciadamente, no puede negarse que esto desgracia ocurre a menudo.

Después de esto volvamos a nosotras mismas; no se trata de herejía ni tampoco de pecado mortal. Sin embargo, meditemos cómo el espíritu de traición que condujo a Judas hasta vender a su Maestro puede infiltrarse en nosotras. Ese espíritu fue creciendo poco a poco, porque hay que recordar que Judas estaba con N. Señor, formaba parte de la comunidad de los Apóstoles. No podríais imaginar una Orden religiosa, una Congregación donde la perfección igualase a la del Colegio apostólico. Nuestro Señor mismo instruía a sus discípulos, los perfeccionaba en todas las virtudes y los distanciaba de todas las cosas de la tierra. ¡Qué pobres eran; todo lo habían dejado para seguirle! ¡Qué espíritu de oración y qué espíritu evangelico! Nosotros, de ellos lo hemos recibido, solo nos ha venido de ahí, y sobre ese fundamento se han cimentado las Ordenes más perfectas.

Judas formaba parte de esta santa Comunidad: había oído el llamamiento de Cristo y había respondido dejándolo todo para seguirle. Había amado a N. Señor, vivió esta vida perfecta y hasta hizo milagros y expulsó a los demonios. Anunció el Evangelio de la paz y de la caridad. Recibió innumerables gracias: la del Apostolado, la de convivir intimamente con Jesucristo, la de hacer milagros, y no digo gracias de revelación, porque la vista de N. S. Jesucristo era una revelación continua. Todo esto se le había dado y hubo un momento en que se mostró digno, puesto que pudo participar de esta vida y no ser expulsado desde el primer momento.

¿Cómo Judas, elevado a tanta altura, pudo descender tanto?, es una pregunta que siempre debe hacerse y pensar después: “Yo creo y espero que amo a N. Señor y que le amo más que cuanto hay en este mundo, que procuro en todas mis acciones acercarme a El”; pero, ¿cómo Judas, después de elevarse tan alto, tuvo una caída tan horrible? Evidentemente, dejó crecer en él las pasiones, los atractivos humanos: tenía la afición al dinero; ésta debió empezar en cosas pequeñas, pero no quiso rechazarla. “Por consiguiente, si quiero ser siempre fiel a N. Señor tengo que examinar cuidadosamente mi corazón para arrancar todas las fibras que no sean para Dios”. Es lo que decía San Francisco de Sales: “Si viera en mi corazón una sola fibra que no fuera para Dios quisiera mejor arrancar todo mi corazón antes que dejarla”. Ese es el sentir de una religiosa ferviente, que vigila sobre ella misma, para quitar todo lo que no es para Dios o que puede desagradarle.

La caída de Judas tenía, además, una segunda causa: la confianza en sí mismo y en su propio juicio. Cuando N. Señor recibe de Magdalena un homenaje de adoración, de piedad y

de amor, cuando ella derrama sobre los pies de Jesús un perfume de gran precio, Judas lo encuentra censurable. Tenía por Maestro al Hijo de Dios, que bajó a la tierra, que quiso tomar los rasgos más suaves, los más amables -no dire los más santos: esto cae de su peso-, pero sí los más condescendientes con nuestra pobre y humana naturaleza, que se revistió de atractivos tan grandes que no puede leerse el Evangelio sin que, a distancia, nuestros corazones se sientan atraídos hacia la persona de Jesucristo. Pues bien, Judas, teniendo ese Maestro, conservaba su propio criterio, juzgaba que N. Señor debía haber actuado mejor, no permitiendo a Magdalena derramar el perfume con tanta profusion.

Ciertamente, Hermanas mías, que es completamente distinto para las religiosas, porque no disfrutaban de N. Señor visiblemente. No es el Hijo de Dios que descendió del cielo, ni siquiera un ángel quien las gobierna, pero Jesús ha permitido esto para que conociesen el inmenso peligro que hay en juzgar lo que no están encargadas y censurar las acciones que hacen los demás, con el permiso de las Superiores. Magdalena permanecía a los pies del Señor y le prodigaba las efusiones de su ternura. N. Señor se lo permitía y aprobaba; pero Judas, no.

Puede ocurrir esto en una Comunidad; se dice a veces: “Pero, ¿por qué esta Hermana dedica tanto tiempo a la oración?” “Pero esta Hermana no hace esto como debe hacerse, me extraña que nuestra Madre no lo vea; seguramente que no se entera”. No digo que si Nuestra Madre no lo sabe no hubiera que decírselo, pero este juicio interior, ese vituperio, esta critica fundada únicamente sobre una razón que se cree más santa y más perfecta es un peligro que no se sabría evitar demasiado.

Lo primero que ha querido poner de relieve el Espíritu Santo al revelarnos esta caída de Judas es el apego al dinero: la pasión más vil de todas y la más despreciable. Acabamos de ver la segunda; el amor propio, el juicio propio, el vituperio y la severidad en juzgar a los demás. ¿A quién juzgaba Judas? A un alma amante de N. Señor, un alma elevada hasta lo más alto de los cielos, al lado de los Serafines, un alma cuya fidelidad fue tan grande que cuando todos los Apóstoles huyeron no abandonó a su Maestro, le siguió hasta el Calvario y permaneció al pie de la Cruz, mereciendo ser honrada por la Iglesia como el modelo de la fidelidad y del amor.

Hay, finalmente, un tercer carácter y quisiera fijaseis en él vuestra atención. No llegó Judas a ese exceso de iniquidad de repente; fue poco a poco. Escuchó al demonio y sus sugerencias: por eso se escondía de N. Señor, no era sincero con su divino Maestro; carecía de rectitud, de franqueza, de sencillez; robaba el dinero; decía a N. Señor que iba a un sitio y se marchaba a otro: claro que no podía engañar la mirada sobrenatural y divina de Aquel que penetra lo secreto de los corazones; pero, para consuelo de los Superiores de la tierra, que pueden ser engañados, Nuestro Señor se dignó cerrar los ojos e hizo como corrientemente hubiese hecho un Superior: dejaba ir a Judas, pero, sin embargo, no dejaba de advertirle con gran cariño y ternura.

Puesto que los Superiores de la tierra no penetran los secretos de los corazones, es necesario que los mismos inferiores se den a conocer, que se descubran, que se muestren con una rectitud y una sencillez plena y confiada. Seguramente que Judas, si desde el primer momento hubiera dicho a Jesucristo: “Maestro, siento gran atractivo por el dinero que me has encomendado; debo confesarte que los fariseos me buscan para hablarme y ya tuve una entrevista con ellos”, no hubiera caído en ese abismo; porque ya comprendereis que antes de llegar a ese extremo tuvo muchas entrevistas, muchas idas y venidas. Los enemigos de Jesús vieron en Judas estas disposiciones que les hizo sospechar que podrían dirigirse a este discípulo,

y el demonio, que sin cesar rondaba a su alrededor, debió penetrar en su corazón por muchos sitios antes de atreverse a proponerle este crimen execrable.

Toda religiosa que aspira a ser fiel a N. Señor debe fijarse y vigilar las cosas pequeñas. Debe mantenerse en la obediencia, en la fidelidad y tener siempre el alma abierta de par en par. No debe guardar para sí ni una dificultad, ni una tentación, ni una discusión con el demonio; dice San Ignacio que sería exponerse a caer.

Diré una última cosa y termino: Judas, evidentemente, sucumbió porque nunca había amado. Todos nuestros esfuerzos deberían enfocarse, encaminarse hacia el amor de Cristo, para que aumente en nuestros corazones y ardan en ese amor. También la meditación de la Pasión del Salvador deben conducir ahí, pero es necesario entrenarse mediante estas tres consideraciones.

En primer lugar, debemos fijarnos en el intenso dolor que causó a Cristo la traición de Judas; la segunda consideración es lo mucho que sufre en la Eucaristía con las traiciones de que todavía hoy es objeto, no solo de parte de los cristianos sino también de los malos sacerdotes; en fin, es la tercera la del amor que el Salvador ha demostrado a nuestras almas y la infinita amabilidad de este Superior por excelencia. Esta consideración hará que no exista un instante en que nuestro corazón se desvía de El, que ninguna consideración personal, ningún afecto, sea el que fuere, ningún interés, ninguna tentación nos impida volver siempre a El, con un amor creciente de día en día.

Si el amor de Judas hubiese ido creciendo como el de San Pedro, nunca hubiera llegado a traicionar a su Maestro. Muy al contrario, empezó con cierto fervor, que fué después entibiándose hasta caer en la tibieza, en la mentira y, por fin, en el pecado y en el colmo de la iniquidad. Se perdió precisamente al lado de Aquel que ha salvado a los más grandes pecadores.

Cuando se aproxime el miércoles, que es el día en que se preparaba la traición de Judas, recordemos lo que N. Señor sufrió para pensar: “A esta misma hora el discípulo traidor iba a Betania y de Betania a Jerusalén, traficando el precio de la sangre de Cristo. Jesucristo veía y aceptaba por amor hacía mí y para salvar mi alma esta traición que infligía una llaga tan profunda en su adorable corazón”.

Os dejo para el miércoles este pensamiento; podéis extenderlo a los demás días de la semana que corresponden a la Pasión y dedicar el jueves al recuerdo de la Cena y el viernes a los horribles sufrimientos y muerte de N.S. Jesucristo. Porque si permanecéis siempre cerca de la Santísima Humanidad de Cristo, si le adoráis profundamente, si le amáis ardientemente, si no os separáis de El esto os preservará del peligro de la traición que es posible a todo el mundo, supuesto que fue posible a un Apóstol de Jesucristo. No estamos seguros de no caer, pero si podemos preservarnos de esta caída por nuestra fidelidad, obediencia, humildad y amor.